

sis, sino del encuentro de Nora con una profesora de canto que despierta su amor por la música. Incluso aquí, Tóibín rehúye la fantasía. Nora nunca será una estrella, por mucho que empiece a desearlo secretamente. “Lo has dejado para demasiado tarde”, le dice la profesora la primera vez que la oye. “Todos podemos tener muchas vidas, pero hay límites”.

El descubrimiento por parte de Nora de esta pasión privada acaba siendo profundamente transformador. La conciencia de la riqueza de la soledad –del silencio– impregna la novela. En una ciudad como Enniscorthy, el verdadero aislamiento no es posible realmente: Nora está ligada a los que la rodean por la memoria y la historia. “Es una ciudad pequeña y te va a vigilar”, le dice la hermana Thomas.

Pero la apasionante sorpresa de la novela es el incipiente aprecio de Nora por su independencia recién adquirida. “Tenía que recordarse a sí misma que ahora era libre, que no había ningún Maurice que se preocupase por lo que iba a costar ni refunfuñase por cualquier cosa que pudiese perturbar su rutina. Era libre”. Estamos en el año 1972, y muchas mujeres están haciendo el mismo descubrimiento. Aparte de una referencia neutral a las “feministas” en televisión, no tenemos ninguna prueba de que Nora conozca la existencia del movimiento de mujeres o simpatice con él. Tampoco podemos descartarlo. Hay muchas cosas de Nora que nunca llegamos a saber. Y precisamente su misterio es lo que hace que su regeneración, cuando al fin llega, nos parezca universal.

JENNIFER EAGAN

Cuando la revista *Granta* elaboró en 2007 su segundo listado generacional con los más prometedores novelistas americanos menores de treinta y cinco años, el nombre de Gary Shteyngart (Leningrado, 1972) apareció junto al de otros veinte como Daniel Alarcón, Uzodinma Iweala, Rattawut Lapcharoensap o Yiyun Li. Puede uno fácilmente advertir la laxitud con la que se empleó en dicha selección el término “americano”. Esnobismos (y correcciones políticas) al margen, lo que en el fondo se estaba retratando era la multiculturalidad literaria que se vive hoy en Estados Unidos, con segundas o terceras generaciones de inmigrantes plenamente integradas en los ambientes universitarios, que es de donde provenían casi todos los escritores destacados por la prestigiosa publicación británica. Gary Shteyngart (en realidad, Igor Steinhorn) responde bien a este prototipo, con el aliciente de que además de ruso es judío, lo que para muchos es un cóctel literario perfecto.

Tras haber pasado su infancia en la Rusia más soviética, Shteyngart describe su llegada a suelo norteamericano, en 1979, como “algo muy parecido a caerse por un acantilado monocromático y aterrizar en una piscina en tecticolor”. Su familia se había visto beneficiada por las malas cosechas que se vivieron aquel año en la Unión Soviética y que obligaron a Brézhnev a aceptar un acuerdo ofrecido por Jimmy Carter por el que, a cambio de cereales, se permitió a los judíos salir del país. Este extraño intercambio estuvo en gran parte financiado por los judíos norteamericanos que, como

## Pequeño fracaso

GARY SHTEYNGART

Traducción de Eduardo Jordá

Libros del Asteroide. Barcelona,

2015. 440 páginas, 22'95€

confiesa Shteyngart, se sentían “culpables por su pasividad durante el holocausto”.

Si el fascismo, indirectamente, permitió a su familia entrar en Estados Unidos, el comunismo fue sin duda el motivo por el que quisieron salir corriendo de un país cada día más psicótico: como ejemplo, Shteyngart nos relata la trágica historia de su tío abuelo Aarón, que tras presenciar cómo los alemanes masacraban a su familia se alistó en el Ejército Rojo para combatirlos. Aquello no impidió que al poco fuera condenado por las propias autoridades soviéticas

por haber escrito un poema en el que (además de tirarle los tejos a la novia de su superior) elogiaba la tecnología de los tanques alemanes, una actividad ésta considerada contrarrevolucionaria.

Para sobrellevar el drama que según Shteyngart ha supuesto ser ruso y judío durante la segunda mitad del siglo pasado, el autor tira de sentido del humor (uno más ingenioso que inteligente, todo hay que decirlo) y con él compone esta suerte de memorias de inmigrante deslumbrado (o desnortado) por Occidente, cuyo

principal acierto radica en no parecer las de “uno de esos judíos que se odian a sí mismos”, como le previene de forma insistente su padre. Con todo, lo que este texto ofrece, más allá de las constantes bufonadas que surgen del inevitable choque de culturas, es un magnífico relato sobre las contradicciones inherentes a los procesos de adaptación, sobre la invisibilidad y la indiferencia como medios de supervivencia, pues solo cuando el joven Shteyngart consiga pasar inadvertido en Estados Unidos, solo cuando su herencia cultural se diluya, se planteará ser feliz.

*Pequeño fracaso* se lee con avidez y una perpetua sonrisa. La escritura de Shteyngart se



LIBROS DEL ASTEROIDE

presenta tan arrebatadora (gracias también a la espléndida traducción firmada por Eduardo Jordá) que no necesita escudarse en la etiqueta de novela para trascender el hecho literario. Se trata de una obra tan transparente que no se atreve siquiera a desmentir esa máxima de la condición humana en virtud de la cual todos nos volvemos menos interesantes con el tiempo, que es lo que vemos que le ocurre a Shteyngart a medida que pasamos las páginas de estas entretenidísimas reflexiones de literato en formación. **FRAN G. MATUTE**